

EL ÚLTIMO HOMBRE Y LA ÚLTIMA PESETA

por EMETERIO S. SANTOVENIA

LA PATERNIDAD DE UNA FRASE CELEBRE

EN Cánovas o el hombre de estado, el libro del marqués de Lema, éste se revuelve contra quienes atribuyeron exclusivamente a su biografiado la frase de "el último hombre y la última peseta" para señalar el límite del sacrificio a que España estaba dispuesta a fin de retener el dominio de Cuba. Luego de referirse a palabras de Sagasta, significativas del propio pensamiento, con exhibición de la ofrenda del último hombre y de la última peseta, advierte Lema que en las declaraciones públicas de Cánovas en ese periodo ha "buscado con afán, sin dar con la tan repetida frase". ¿Cómo, pues, no ha de haber interés en determinar la paternidad de la atroz promesa, a cuyo conjuro pareció que iba a producirse pavoroso siniestro?

Ningún otro hombre público de la Península pesó tanto como Cánovas en los destinos de España en el último cuarto del siglo XIX. Fué él "sin disputa—escribió Enrique Piñeyro— el político español que mayor influencia tuvo en los sucesos que dieron por resultado la retirada final de España del territorio americano." Con un concepto erróneo de la psicología de la cuestión antillana, pero con su imperio cuasi aplastante en el seno de la restauración borbónica, orientó el mantenimiento de la dominación hispánica en Cuba en términos que la hicieron depender en absoluto de la fuerza material de las armas, no de las potencias morales, y no de las relaciones de amistad y comprensión. Así lo demostró desde que, en 7 de febrero de 1880, proferió las altanerías, estas crueles palabras:

"La cuestión de la Isla es ante todo de recursos y no hay que equivocarse; toda otra cosa sería un error. Las altanerías, estas crueles palabras: 'La cuestión de la Isla es ante todo de recursos y no hay que equivocarse; toda otra cosa sería un error.' Cándor, indigno de nuestra previsión de políticos; es cuestión de armas y recursos para sostener bayonetas, porque no es ni más, ni menos, que una cuestión nacional. ¿Tenéis medios de sostener un ejército suficiente? Pues echaos a dormir sobre el porvenir de la isla de Cuba".

Sobre la línea de conducta de esa manera trazada, Cánovas obró y reobró hasta el final. Su juicio primitivo acerca del problema cubano en nada varió. El sello que imprimió a la política colonial estaba llorando a pervivir en condiciones adversas para los propios intereses que creyó resguardar con proceder inflexibles, con resortes férreos. Aunque su desaparición violenta no le permitiera ver el desenlace de la recia pugna entre las aspiraciones de Cuba y la resistencia sistemática de la metrópoli, existió lo bastante para persuadirse del fracaso de su viejo programa y del desastre proveniente de tamaña quiebra.

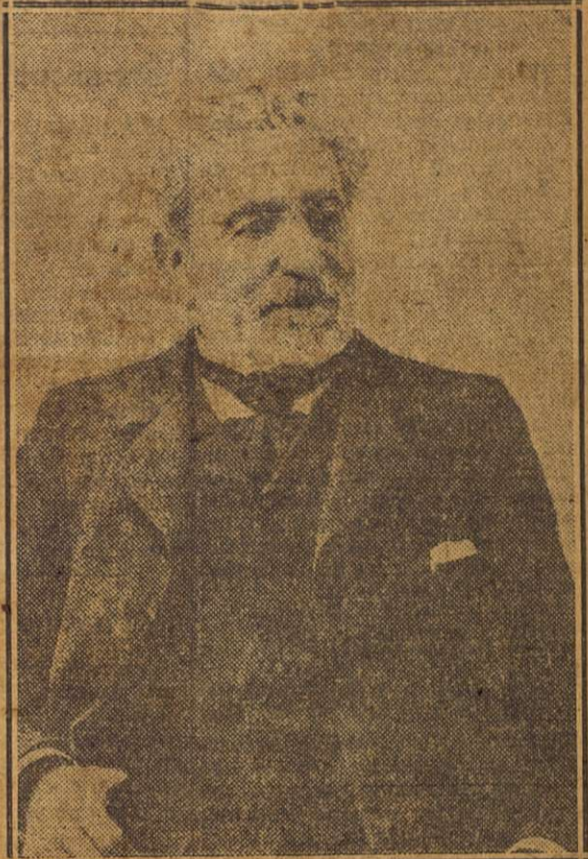
La noticia de que el 24 de febrero de 1895 habían ocurrido en Cuba distintos alzamientos en pos de la independencia nacional no tardó en llegar a España. Media semana después comenzó en Madrid a agitarse sin recato la conciencia pública en torno de la grave novedad. El día 28 fué de manifestaciones ostensibles en la prensa y en la zona parlamentaria. Presidido el ministerio por Sagasta, creyéronse obligados Cánovas y sus parciales a mostrar su solidaridad con el Gobierno. "El Liberal", de Madrid, insertó el mismo 28 declaraciones en ese sentido dictadas por Cánovas. También de Cánovas, a la vez que salían las manifestaciones publicadas en "El Liberal", partió para el senador Antonio María Fabié la carta cuyos son estos conceptos.

"No podemos dejar pasar más tiempo sin interrogar al gobierno respecto a la situación de la isla de Cuba; nuestro deber de oposición de S. M. nos obliga a ello. Hoy mismo, previos los oportunos requerimientos, haga usted la pregunta en el Senado, afirmando que el partido liberal conservador apoyará al gabinete resueltamente y está dispuesto a sacrificar, en el empeño de mantener la soberanía española en las Antillas, el último hombre y la última peseta."

Fabié atendió incontinenti la recomendación de Cánovas, su jefe político. En el Senado, el 28 de febrero de 1895, interpelló al ministerio acerca de la alteración del orden público en Cuba, "parafraseando, en un breve discurso, el texto de la carta de Cánovas". Cánovas había lanzado la idea de que era amener, en el empeño de retener la soberanía española en las Antillas, llegar hasta sacrificar el último hombre y la última peseta. En los momentos en que Fabié hablaba en el apuntado tono en la alta cámara, el propio 28 de febrero, Francisco Romero Robledo—a Cuba vinculado por su familia, por intereses materiales y por su apego a las peores inclinaciones de los intransigentes de la Isla, a quienes podía tener por sus legítimos clientes con no menos autoridad que Cánovas—levantaba su voz en el Congreso de los Diputados para referirse a los sucesos de Cuba, interrogar al Gobierno y terminar con la expresión de su deseo de que lo que en la distante colonia acontecía no pasase de ser "una pequeña algarada promovida por algunos insensatos y malos españoles." Lo que al "Pollo de Antequera" arrancaba palabras tan despectivas no era sino el principio real de la guerra que se liquidaría con la evacuación de la Grande Antilla por España.

Porque firmemente creyó debelar por la fuerza la revolución cubana, con desprecio de todo otro medio, y cuando el culpable consejo de Martínez de Campos, le dio a Cánovas el mandato de la Isla a Valeriano Weyler, el caudillo de Sagunto, aludiendo a recursos actuales la reconcentración, para combatir la rebelión, confesó a Cánovas carecer de "condiciones para ello." "Sólo Weyler las tiene en España"—añadió el ministro fatal Martínez de Campos.— y Cánovas el acto que había de arrancar a Manuel Sarta publicada en "El Porvenir", Nueva York,

26 Abril 1897—Jesta exhalación de profunda congoja: "Yo creía a Cánovas— al hombre funesto que azuzó contra la pobre Cuba la horda de asesinos que capitanea un criminal tan ruin y tan cobarde como Weyler— capaz de todos los crímenes contra los cubanos, sobre todo en una hora de trastornos, de liquidación y de castigo para la dominación española; lo creía un salvaje como Weyler, más salvaje que Weyler todavía, pues que ha sido él quien soltó ese perro para que en nombre de España desgarrase el corazón cubano." El tono durísimo de la manifestación de Sanguini



SAGASTA

ya estaba justificado por el hecho de que acababa Cánovas de descender "del pedestal de su enorme soberbia" para dar rienda suelta a "invenciones infelices y calumnias ridículas", sobre empeñarse en ahogar en sangre la insurrección de la colonia antillana.

A Cánovas correspondió la paternidad del pensamiento según el cual España debía perder hasta el último hombre y gastar hasta la última peseta para evitar que las Antillas saliesen de su soberanía. Su partido, el liberal conservador, alejado a la sazón del poder, hizo suyo el magnó ofrecimiento apenas comenzó a tratarse en la Península de la reanudación de la guerra por los cubanos. Pero no fué patrimonio exclusivo de Cánovas, ni de sus correligionarios la actitud arrogante que aquellas palabras entrañaron. En la otra orilla de la política organizada en derredor de la dinastía borbónica, en el sector dominado por Sagasta, floreció idea similar, idea semejante a la concebida por Cánovas. Poco más de una semana después de escribir Cánovas a Fabié la epístola en que consignó el designio de consagrar a la causa de la llamada integridad nacional hasta el último hombre y la última peseta, el 8 de marzo de 1895, Sagasta, discurriendo acerca de la situación en España y sus colonias, peroró así en el Senado:

"Por eso, al creerla enflaquecida y debilitada, los enemigos de la patria en Cuba se han llevado un grandísimo chasco, porque la nación española está dispuesta a sacrificar hasta la última peseta de su tesoro y hasta la última gota de sangre del último español antes de consentir que nadie le arrebatase un pedazo siquiera de su sagrado territorio. Por eso España hará todos los esfuerzos necesarios para que eso no suceda, y no sucederá."

¡Qué lección tan elocuente encerraron esas palabras de Sagasta! Sus oyentes en la sala de sesiones del Senado, al escuchar su referencia a los medios de defender el "sagrado territorio" de la nación, premiaron su arranque tribunicio con una tolvanera de aplausos que, acabando de cegar al orador, le condujo a afirmar con énfasis que estaban dispuestos los gobernantes de España a consumir los esfuerzos necesarios para que la mutilación de sus posesiones no sucediese y que no sucedería. ¡Vana ilusión la de aquellos que, usuarios del poder o de las pasiones desbordadas, creyeron sujetar a la expresión de su conveniencia o de su anhelo la marcha de acontecimientos en que, por la gravedad de su índole, intervinieron ingredientes extraordinarios! Cánovas y Sagasta, los máximos directores de la suerte hispánica en días de zozobras y peligros infinitos, impotentes para encararse a las realidades circunstanciales, ya por exceso de soberbia, ya por temor a comprometer la perpetuidad de humanas instituciones cuyos servidores destacados eran, arriesgaron mucho más y mucho más sacrificaron. Con el corazón encogido, al columbrar Cánovas el infortunio y al afrontarlo Sagasta en su fase postrera, debieron de pensar en lo vacío y estéril de ciertas palabras ante el valor imperativo de hechos ineluctables.